

PLUTARCO Y LA BIOGRAFÍA EN ÉPOCA IMPERIAL

“Los griegos y los romanos se dieron cuenta de que escribir la vida de un semejante no es precisamente lo mismo que escribir historia. Quizá nosotros podamos hacerlo mejor. Quizá podamos absorber la biografía dentro de la historia sin dejar ningún residuo. Pero no debemos precipitarnos demasiado. Al mantener la biografía separada de la historia, los griegos y los romanos fueron capaces de apreciar lo que constituye un poeta, un filósofo, un mártir, un santo. También fueron capaces de apreciar qué cosa queda de humano en un rey o en un político.” (A. Momigliano).

Parece, pues, clara, la distinción, para los antiguos, griegos y romanos, entre historia y biografía, al menos ya desde los siglos V y IV a.C.¹ Son productos distintos, con intenciones distintas por parte de los autores respectivos. ¿En qué radica, fundamentalmente, esta distinción? Una primera respuesta, a simple vista podríamos decir, es que la biografía permite, de entrada, más libertad a su autor ya que no se encuentra sujeto a la norma de contar la “verdad” –y pongo “verdad” entre comillas porque, evidentemente, también para el análisis de la obra del historiador antiguo, este concepto hemos de tomarlo de una manera bastante cautelosa: depende siempre de la intención, de la finalidad, del público al que se dirige –más o menos como hoy en día, ya que distintas son las maneras de contar las mismas cosas desde un lado o desde el otro, desde la perspectiva del vencedor o del vencido, del poderoso o del dominado, etc.; pero dejemos esto ahora ya que no es el tema que nos ha de ocupar.

La biografía permite más libertad a su autor, puede, impunemente, hacer volar la imaginación y, en definitiva, la actitud respecto a la realidad es radicalmente distinta.

Ahora bien, a lo largo de la tradición griega, ambos géneros estuvieron estrechamente relacionados. Por ejemplo: en la obra del gran historiador Tucídides, Historia de la guerra del Peloponeso, ya encontramos pequeños retazos biográficos de los grandes personajes, especialmente de Pausanias el lacedemonio, y de Temístocles el ateniense. Uno de cada bando, como es habitual en Tucídides, que reparte su narración a partes iguales entre los dos bandos enfrentados. También en Polibio, historiador helenístico del s. II a.C., podemos observar la relación mutua entre los dos géneros, pero primando siempre uno sobre el otro, dependiendo de lo que uno pretenda escribir. Así pues, hay que aceptar que el género biográfico, si se aleja del historiográfico, es porque no se propone un rigor científico meticuloso, sino que está más interesado en los aspectos anecdóticos, de psicología del personaje, de vida cotidiana, de moral, y es el autor el que elige su material condicionado mínimamente por el marco histórico real que es menester no desvirtuar completamente; por ello, es obvio que entre los griegos de época clásica y

¹ Hay extensa bibliografía sobre el tema, entre la más básica, cf. F. Leo, Der griechisch-römische Biographie nach ihrer litterarischen Form, Leipzig 1901 (reedit. Hildesheim 1965); A. Momigliano, Lo sviluppo della biografia greca, Turín 1974; A. Wardmann, Plutarch's Lives, Berkeley & Los Angeles 1974; A. Weizsäcker, Untersuchungen über Plutarchs biographische Technik, Berlín 1980²; B. Gentili-G. Cerri, Storia e biografia nel pensiero antico, Roma-Bari 1983; Ph. A. Stadter (ed.), Plutarch and the historical tradition, Londres & Nueva York 1992; F. Frazier, Histoire et morale dans les Vies Parallèles de Plutarque, París 1996.

los de época helenística el punto de vista y la intelección de uno y otro género debían de estar bien delimitados.

Sin embargo, es curioso observar que la biografía antigua como forma literaria no sólo se encuentra en la base de numerosas biografías de épocas más tardías sino que, también, es la base de aquello que se ha dado en llamar historiografía ensayística de época imperial, precisamente por la libertad del autor de crear una obra que sólo responde del propio autor y no de una realidad objetiva². Esa diferencia, pues, que se esfuerzan en proclamar los estudiosos, muy clara en la edad de la historia, prácticamente deja de existir en el momento en que la historia cambia sus propósitos y pasa a ser una especie de relato que, a partir de unos hechos y acontecimientos, formula sobre todo la expresión del pensamiento de su autor.

La biografía, evolucionada como se encuentra en la época imperial, es moral y moralizante, en el sentido que permite, a través de la vida del personaje tratado, expresar una cierta moralidad o ética, y poner de relieve un ejemplo –en la mayoría de ocasiones un ejemplo positivo, pero no siempre, ya que, como es sabido, también se puede moralizar a partir de lo negativo, del ejemplo a no seguir. El biógrafo, pues, más cómodamente que el historiador, tratando acontecimientos históricos, encuentra con facilidad el camino para vehicular la propia ética a través de la trayectoria vital de un personaje del pasado, sea remoto, incluso mítico, sea de un pasado reciente. Es como si todo el pensamiento de uno, en este caso del escritor de biografía, cupiese en la interpretación de la vida de otro, es como hacer entrar todo el bien y todo el mal –en política, en sentimientos, en virtud, etc.– en un solo hombre, encontrando así en este tipo de esquema una vía de expresión de lo que el escritor siente y piensa. Procedimiento, éste, que es un claro indicador de mentalidad individualista, la de la época imperial.

Así, pues, si por lo que atañe al reflejo de un tipo de pensamiento, hemos dicho que en época imperial, historia y biografía se acercan y confunden, en cuanto a la técnica, la distancia entre ambas es grande. Normalmente, en la biografía el personaje suele ser caracterizado a partir de unos hechos y de unos dichos que la tradición le atribuye –a él o a otro: las mezclas y confusiones son numerosas, sin que importe demasiado ya que se trata, en esta caracterización de un personaje, de lo que el autor quiere poner de relieve, para su propio interés, el interés de lo que quiera exponer.

Hay, en época imperial, muchas obras biográficas, tanto de griegos como de romanos ya que, como veremos más adelante, el contacto entre ambos encontró terreno abonado en el género biográfico para ser expresado: dar a conocer los grandes hombres del pasado, mítico o histórico, de unos y otros, y poder componer obras donde el autor podía expresarse con libertad, donde erudición y anécdotas se entremezclan y se combinan, sirve para poder acabar diciendo algo del presente pero teniendo como coartada el pasado.

Por otro lado, la biografía representó una vía de expresión óptima para reactivar algún tipo de religiosidad; en efecto, la necesidad de creencias de salvación para una sociedad religiosamente muy desamparada, así como el sincretismo de religiones, propician la existencia de una serie de escritos donde se explican las gestas de unas divinidades determinadas, siendo éste el vehículo ideal para darlas a conocer. La narración, pues, de

² Cf. F. Mestre, *L'assaig a la literatura grega d'època imperial*, Barcelona 1991, especialmente, pp. 241-266.

la “vida y milagros” de seres prodigiosos, las aretaí, es el tema de las llamadas aretalogías. La utilización de este modo narrativo fijado para personajes, tanto divinos como humanos pero “divinizables”, es fácilmente explicable a partir del s. I d.C.; se produce una transposición y paralelización de la areté de un dios a la vida de un hombre: ¿qué son, si no, desde el bando cristiano, los Evangelios o las Vidas de Santos? O, desde el bando pagano, obras como la Vida de Apolonio de Tíana –una especie de taumaturgo que absorbe para sí todo el sentimiento y la tradición clásicas– de Filóstrato (finales del s. II d.C.) o bien, de Luciano de Samosata, la Vida de Demonacte, o la Historia Verdadera, o el Asno de Oro de Apuleyo, o incluso el Satiricón de Petronio –estas últimas más en clave autobiográfica que biográfica por ser relatos escritos en primera persona, y añadiendo elementos de parodia.

La aretalogía es, pues, una forma narrativa más antigua, pero altamente productiva para la delimitación de la biografía en época imperial.

Hasta aquí creo haber establecido, sucintamente, que el género biográfico es abundante y frecuente en la época imperial, que significa una evolución de otros tipos de narración más antiguos, que lo practicaron tanto griegos como romanos, que está en la base de la difusión del cristianismo y de la reactivación de un cierto tipo de religiosidad pagana que se produjo como reacción a aquél, y que, desde el punto de vista de la expresión literaria, convivió con el género historiográfico y, a menudo, se confundió con él. Hemos, pues, redactado la ficha técnica, por así decir, del género. Ahora bien, el objetivo de este trabajo, que también quiere tener en cuenta el concepto de autonomía como expresión de la libertad individual, y las limitaciones de ésta por condicionamientos varios, ha de conducirme, forzosamente, a exponer el valor de la biografía del período imperial en otra clave, digamos, más socio-política.

¿Qué significa época imperial cuando hablamos de la antigua Grecia? Significa que Grecia no es más que un concepto, difícilmente una realidad geográfica y mucho menos una realidad política. Políticamente Grecia no existe en época imperial, lo que existe es el imperio romano y lo que podemos entender por Grecia se encuentra sometido políticamente a esa realidad. ¿Qué representan, pues, las abundantes biografías escritas en griego en este contexto?

El impacto de la hegemonía romana en la cultura griega impregna el estudio y la interpretación de todos los textos griegos que de aquella época han llegado hasta nosotros, muy especialmente los de tipo biográfico. Además, durante todo el tiempo de dominación, la producción griega en griego, literaria, artística y cultural, es algo nada despreciable: los testimonios son abundantes como decíamos.

De hecho, en el contexto de la pax romana los griegos –aquellos que podemos denominar así– aceptaron la situación política bien como necesaria, bien como irremediable; en general la ignoraron bastante y se dedicaron a sus propios asuntos, afirmando su propia confianza de lo que les pertenecía, de lo que les caracterizaba y de lo que les hacía griegos, en una tarea de fijación de identidad que probablemente no se había dado con tanta intensidad en ningún otro momento de la historia de Grecia y del helenismo³.

³ Los estudios sobre "identidad griega" han proliferado también en estos últimos tiempos, cf., por ejemplo, J. M. Hall, Ethnic Ethnicity in Greek Antiquity, Cambridge University Press 1997, o, del mismo autor, Hellenicity, Chicago & Londres 2002; véanse también, S. Goldhill (ed.), Being Greek under Rome: The Second Sophistic, Cultural Conflict and the Development of the Roman Empire, Cambridge 2001; E. Nis Ostenfeld (ed.), Greek Romans and Roman Greeks, Aarhus 2002; sobre la posible diferenciación en el

En este proceso de restauración, la profunda crisis de valores de las elites de la clase dominante romana y su poca habilidad para aportar algo nuevo al mundo que habían conquistado fueron factores decisivos para la emergencia de las elites griegas, formadas por las clases dominantes del helenismo que, aunque en su inmensa mayoría tenían también ciudadanía romana, se refugiaron en lo que consideraban suyo, muy especialmente en el uso depurado de la lengua⁴, y, como es fácil de comprender, quisieron consolidar su identidad, su autonomía, su hecho diferencial, dentro del imperio, a base de volver sobre el pasado glorioso griego, a veces analizándolo, a veces modernizándolo por distintos procedimientos, e hicieron de él la piedra de toque de esa identidad nunca antes establecida.

Así las cosas, a parte del valor que cualquier texto biográfico pueda tener como expresión de la identidad griega dentro del contexto imperial romano, creo que para lo aquí debe ocuparnos es bueno remitirse a la obra de Plutarco quien, con sus Vidas Paralelas, intenta una síntesis de lo que venimos diciendo: cómo ser griego, griego de verdad, siendo además ciudadano romano, estando bajo un poder político ajeno, tal vez bárbaro, desde un punto de vista griego, y además cómo hacerlo a base de integrar y no de discriminar.

Plutarco, nacido a mediados del s. I d.C. en la ciudad beocia de Queronea, muy cerca de uno de los recintos sagrados del panhelenismo, Delfos, era él mismo ciudadano romano y vivió, sin moverse prácticamente de Queronea, bajo la administración imperial de unos cuantos emperadores: desde Claudio a Trajano y Hadriano, pasando por Nerón, Galba, Otón, Vitelio, Vespasiano, Tito, Domiciano y Nerva. Su obra, tanto los escritos de variada naturaleza agrupados bajo el nombre de Moralia, como sus Vidas Paralelas, vienen a ser una manera de explicar, de explicarse a sí mismo, la situación singular bajo la que vivía. Alguien ha dicho que Roma está presente en toda la obra de Plutarco; como si el paralelo –que no la oposición– entre lo griego y lo romano fuera el leit-motiv principal de su producción. Ante otras actitudes posibles –la de Luciano, por ejemplo–, Plutarco no quiere optar por la civilización griega a ultranza, tampoco por la romana, evidentemente, que por sí sola no representa nada, sino que opta, como pionero, por la defensa de una civilización greco-romana que tiende a abolir la alteridad que, para un griego, representa lo romano. Las Vidas Paralelas, pues, con su estructura en paralelo –una biografía de un griego frente a otra de un romano, seguidas, la mayoría, de una comparación entre ellas–⁵, tienen el objetivo de enaltecer a los griegos ante los romanos y de enaltecer a los romanos ante los griegos, cosa harto difícil. Esta operación la realiza a base de salvar, defender y potenciar todo lo que hay –o puede haber– de común entre ellos, desembocando así hacia la propuesta de una nueva civilización greco-romana, motor único de la antigüedad hasta su final. Que para ello Plutarco se vale de alguna argucia para, en definitiva, imponer lo griego sobre lo romano, a base de proponer a los vencedores una cooperación de igual a igual en un terreno distinto del militar, y a base de acercar lo romano a lo griego, puede que sea cierto, pero lo sería también sin más,

trato de griegos y romanos en las Vidas Paralelas de Plutarco, cf. F. Mestre - P. Gómez, "Historia en Plutarco: los griegos y los romanos", en C. Schrader - V. Ramón - J. Vela (eds.), Plutarco y la historia, Zaragoza 1997, pp. 209-222.

⁴ Cf. S. Swain, Hellenism and Empire, Oxford 1996, pp.

⁵ Son veintiún pares Vidas de un griego más un romano –de las cuales diecinueve tienen synkrisis–, otro par que incluye dos griegos paralelizados a dos romanos (Agis y Cleómenes versus Cayo y Tiberio Graco), más otras cuatro Vidas de personajes "suelos": Artajerjes, Arato, Galba y Otón.

sólo teniendo en cuenta que su punto de vista es griego por naturaleza. Eso no quita, sin embargo, que valore suficientemente a los romanos como para esforzarse en construir ese paralelo sin mácula y, sobre todo, que los valora por su capacidad de pacificar mediante la integración, por el mérito de haber superado definitivamente la distinción entre griego y bárbaro⁶. La propuesta de Plutarco consiste en cambiar la subordinación por la cooperación en un ideal compartido, y para ello necesita también el orden romano que es idealizado como orden cósmico. Y, habiendo construido para ello un edificio a base de paralelos entre griegos y romanos, consigue trascender los límites del mutuo conocimiento entre los dos pueblos para alcanzar los valores más universales que responden de aquel orden cósmico.

Me voy a centrar, pues, en este conjunto de obras de Plutarco para hablar del valor de la biografía en época imperial, como ejemplo de una forma de salvar la propia identidad del grupo a base de la integración, hasta un cierto punto, del otro en lo propio.

Bien conocida por todos los estudiosos de Plutarco es la afirmación del autor de Queronea, al principio de la Vida de Alejandro (1.2), de que su intención no es escribir historia, sino vidas. Veamos como empieza esa Vida:

“Habiéndonos propuesto escribir en este libro la vida de Alejandro, por la muchedumbre de sus hazañas, una sola cosa advertimos y rogamos a los lectores, y es que si no las referimos todas, ni aun nos detenemos con demasiada prolijidad en cada una de las más celebradas, sino que cortamos y suprimimos una gran parte, no por esto nos censuren y reprendan. Porque no escribimos historias, sino vidas; ni es en las acciones más ruidosas en las que se manifiestan la virtud o el vicio, sino que muchas veces un hecho de un momento, un dicho agudo o una niñería sirven más para probar las costumbres que batallas en que mueren millares de hombres, numerosos ejércitos y sitios de ciudades. Por tanto, así como los pintores toman, para retratar las semejanzas del rostro, aquellas facciones en que más se manifiesta la índole y el carácter, cuidándose poco de todo lo demás, de la misma manera debe a nosotros concedérsenos el que atendamos más a los indicios del ánimo y que por ellos dibujemos la vida de cada uno, dejando a otros los hechos de grande aparato y los combates.”

Sin duda alguna, estas palabras constituyen una auténtica declaración de principios por parte de quien está escasamente interesado en los hechos de la historia como materia de su producción literaria, a pesar de su indiscutible conocimiento de los mismos, y dan una clara definición tanto de lo que él mismo pretende llevar a cabo como de lo que la biografía será, frente al relato historiográfico, a partir de este momento. En efecto, el escritor de Queronea acude a las narraciones de la historia para verter una interpretación, esta vez no histórica o del hecho histórico, sino propia y ésta le conduce a la valoración de lo que él mismo quiere valorar de cada personaje, tanto si lo usado se refiere al personaje mismo, como si es a su entorno o circunstancias. Ahora bien, según también afirma en las Vidas, su tarea consiste en, desde el punto de vista formal, un relato

⁶ Sobre la capacidad de "integración" del imperio romano, cf. R. Hingley, Globalizing Roman Culture. Unity, diversity and empire, Londres & Nueva York 2005.

(diégesis, en griego), como explícitamente la define en la Vida de Licurgo (1.7), que tiene por objeto, desde el punto de vista del contenido, la narración de unos hechos realmente o históricamente acaecidos y, por lo tanto, que no pueden ser inventados por el autor. Por ejemplo, en la Vida de Temístocles (32.4) critica a quienes inventan o conjeturan sobre la tumba del general ateniense, entre ellos al orador Andócides, a Diodoro el Periegeta o a Filarco:

“En Magnesia tienen un sepulcro magnífico de Temístocles; pero no debe darse asenso a lo que Andócides dijo en su libro: que los atenienses exhumaron sus despojos y los arrojaron al mar, pues mintió; porque lo inventó para irritar contra el pueblo a los del partido de la oligarquía. También conocerá cualquiera que es una ficción lo que hace Filarco, valiéndose, como en una tragedia, de máquinas de la historia y sacando a escena a un tal Neocles y a Demópolis, hijos de Temístocles, para excitar pasiones y mover los ánimos”.

Así pues, esta narración debe ser rigurosa, útil y sensata, no un vano entretenimiento de pura palabrería, como censura en la Vida de Filopemen (4.8), cuando explica que este general griego se interesaba por la lectura, le gustaba siempre repasar los poemas homéricos y las Vidas de Alejandro, pero sólo aquellas que habían sido escritas con rigor. Y es que, según Plutarco, la lectura de la vida de un semejante debe convertirse siempre en ejemplo de vida humana, como afirma claramente en la Vida de Cimón (2.5), coincidiendo en muchos aspectos con el planteamiento que ya hemos leído en la Vida de Alejandro:

"... y entendiendo al mismo tiempo que al retrato que sólo imita el cuerpo y el semblante es preferible el que representa las costumbres y el tenor de vida, en esta escritura de vidas paralelas tomamos a nuestro cargo referir los hechos de este ilustre varón, ateniéndonos a la verdad, dando pruebas de que conservamos una memoria agradecida. Y por un testimonio verdadero, ni a él le agradaría recibir en premio una narración mentirosa y amañada"

En consecuencia, un relato de estas características tendrá su propio método, en cuanto al uso y al tratamiento de las fuentes utilizadas y, al mismo tiempo, deberá atenerse y respetar una serie de preceptos como puedan ser la veracidad, la credibilidad, la claridad expositiva y la seriedad.

Sin duda alguna, la lectura y la escritura son dos pilares básicos del quehacer literario de Plutarco, el cual, no obstante, no descarta, a priori, la tradición legendaria y oral como una de las posibles fuentes de información para su relato, si, al igual que procede con la escrita, es sometida a revisión para enmendarla en sus contenidos prodigiosos y fabulosos, ya que, en caso contrario, su trabajo ocuparía el mismo lugar que ocupan poetas y mitógrafos; por tanto, es menester optar, ante diversos relatos sobre un mismo hecho, por el más plausible. En este sentido, resulta casi entrañable el prólogo a la Vida de Demóstenes (2.2), donde desde la perspectiva de un hombre nacido en una ciudad pequeña –“en la que nos complace habitar para que no sea todavía más pequeña”–, contrapone, precisamente como complementarias, las ventajas de habitar “una ciudad ilustre, amiga de las cosas bellas, populosa, para tener en abundancia toda clase de

libros”, a la innata cualidad de conversar y retener de oído “todos los detalles que han escapado a los escritores y que, conservados en la memoria, son de una fidelidad más conspicua, ya que el autor podría publicar su obra sin faltarle nada de lo necesario”.

El modelo ejemplar en que aspiran constituirse las Vidas Paralelas pretende serlo de la excelencia humana, del hombre en tanto que individuo y, por ello, no importa que sea griego o romano, de Tebas o de Macedonia, legislador, general u orador, porque no cuenta tanto la grandeza de las acciones, demasiado a menudo también sólo obra de la fortuna (tyche), sino sobre todo el carácter del hombre tomado como referencia, en la medida que este carácter, este ethos, constituye el elemento primordial de la verdad ética que Plutarco se propone exponer. No interesa, pues, al biógrafo la relación de los hechos por sí mismos, sino a partir de qué hombre, desde su condición de individuo, han sido posibles tales acciones. Es por ello por lo que tal vez Plutarco insiste y recurre a términos como tropos (modo de ser), diáthesis (disposición, temperamento), o bien, simplemente, physis (naturaleza), cuando quiere precisar el contenido de su relato.

El suyo es, formalmente, un discurso que actúa respecto de los hechos en un doble sentido, puesto que no sólo es registro de unos acontecimientos, sino que esa narración ha de descubrir al autor de tales hechos como hombre, de manera que los lectores de las Vidas Paralelas sean llevados de nuevo –y de ahí la utilidad de la obra– a la acción, porque “la belleza auténtica atrae activamente hacia ella”, como proclama en la Vida de Pericles (2.4).

Por ello, seguramente, sus Vidas son "paralelas" –griegos frente a romanos y junto a ellos– y son también el relato de existencias muy dispares en el tiempo, porque, de hecho, nadie ostenta en exclusiva el dominio de la excelencia humana que se muestra, por el contrario, en muy distintas circunstancias, a menudo incluso inalcanzable; en consecuencia (cito la Vida de Cimón de nuevo, 2.5):

“los errores y el deshonor que, por alguna pasión o por necesidad política, se extienden sobre las acciones de un hombre, hemos de considerarlos más como imperfecciones de alguna virtud que como maldades de un vicio, y no debemos mostrarlos en nuestra historia con demasiada diligencia ni magnificencia, sino con indulgencia hacia la naturaleza humana, si no produce belleza absoluta ni un carácter llegado, sin discusión, a la virtud”.

Este es precisamente uno de los reproches que Plutarco dirige a los historiadores, concretamente a Herodoto, ya que no es digno de un historiador forzar la narración para dar cabida en el relato a los fracasos de alguien, o a hechos extraños o inútiles, los cuales, si bien pueden servir para desacreditar a su autor, nada tienen que ver con la historia, de modo que esta actitud denota el puro complacerse en hablar mal de los demás. Por ello, Plutarco, queriendo ser ejemplar, escribe vidas de hombres con un tiempo definido en la historia –en el sentido de “acontecimientos”, de “hechos”– y deja los héroes para el mito y los poetas, aunque se concede alguna excepción, que justifica por coherencia interna de su propia obra (recordemos: poner en paralelo lo griego y lo romano), como son las vidas de Teseo y de Rómulo, ambos fundadores, uno de la ciudad de Atenas –siendo los atenienses considerados los griegos por antonomasia– y el otro de la de Roma, o bien las de Licurgo y Numa, primeros reyes-legisladores, cuatro personajes éstos que forman un grupo autónomo en el conjunto de las Vidas Paralelas y

que el propio Plutarco relacionaba de forma muy estrecha⁷. Es precisamente en estas Vidas donde Plutarco habla del extravío de la historiografía, cuando trata de acontecimientos tan antiguos, cuyo relato adquiere con facilidad aires de mito y de ficción. Es, pues, en este tipo de narraciones donde el escritor debe ser más cauto y:

“atenerse a los escritos con objeciones menos importantes o a los testimonios más conocidos”

según formula en la Vida de Licurgo (1.7). A pesar de ello, sin embargo, la intervención del elemento divino tiene, en estas cuatro vidas, una mayor relevancia que en las otras vidas escritas por el de Queronea. En las Vidas de Teseo, Rómulo, Licurgo y Numa el aspecto religioso no es un elemento superfluo ni accidental, sino que sirve para esbozar en buena medida la actuación pública de los héroes fundadores y de los reyes legisladores en su dimensión de estadistas, incluso a pesar de algunas observaciones de Plutarco a propósito del valor imputable a la tradición, al mito o a las leyendas. La relación de estos protagonistas con la divinidad es un ingrediente tan válido para trazar su semblanza como pueda serlo en otros casos el valor guerrero o la capacidad y virtud política, aunque, sin duda alguna, el carácter mítico y proto-histórico de figuras como Teseo y Rómulo, Licurgo o Numa favorece que el relato de sus vidas sea terreno más abonado para dar cabida en él a aspectos de mayor misticismo en el contexto y en la actividad que los caracteriza, mucho más impregnados de connotaciones religiosas que los de personajes posteriores.

Así, fijados los límites universales de su obra, el examen de naturalezas y disposiciones en paralelo conduce a una comparación compuesta por una multiplicidad de parecidos tal que las distinción se hace imposible:

"Parece, pues, haber sido un mismo genio el que formó a Demóstenes y a Cicerón, y acumuló en su naturaleza muchas semejanzas, como la ambición, el amor de la libertad cuando tomaron parte en el gobierno y la cobardía para los peligros y la guerra; con lo que mezcló muchas cosas de las que son de fortuna; porque no creo que podrán encontrarse otros dos oradores que de oscuros y pequeños hubiesen llegado a ser grandes y poderosos, que hubiesen resistido a reyes y tiranos, ... que hubiesen sido arrojados de su patria y después restituidos con honor..." (Vida de Demóstenes, 3.3-4)

A partir de la comparación, pues, se observa que la historia, como modelo y como la sabiduría del tiempo, se repite, en el curso del tiempo; el azar, o lo que sea, hace que se repitan situaciones y se den, al menos, dobles que Plutarco ejemplifica con su griego y su romano en paralelo.

Para establecer una tipología de figuras ejemplares, Plutarco es consciente de que la naturaleza humana es variada y variable asimismo el contenido de la virtud, concepto que, en sus relatos biográficos, necesariamente deja de ser entendido con el rigor filosófico de Platón, pues ya no pretende ser una noción abstracta, sino que la puesta en práctica de la misma implica una mezcla y, por lo tanto, los modelos de virtud no son únicos ni unívocos. Plutarco recrea bien la escena histórica de sus actores, porque

⁷ Sobre la singularidad de estas cuatro Vidas respecto a las otras, cf. P. Gómez - F. Mestre, "Lo religioso y lo político: personajes del mito y hombres de la historia", en A. Pérez Jiménez - F. Casadesús Bordoy (eds.), Estudios sobre Plutarco: misticismo y religiones místicas en la obra de Plutarco, Madrid 2001, pp. 365-378.

modula y adecua los distintos parámetros utilizados para dibujarlos según las circunstancias de cada momento.

Prueba quizá de la habilidad plutarquea para contextualizar a sus personajes y, como contraposición a la sólida piedad de Numa presentada como necesaria y natural en una época primitiva, puede ser el correctivo de racionalismo que el biógrafo admira en la formación y en el temperamento de Pericles, por ejemplo. Por su relación y educación con Anaxágoras, Pericles estuvo, a juicio de Plutarco por encima de la superstición, nacida de la ignorancia, a propósito de los fenómenos celestes y de los asuntos divinos, mientras que la filosofía natural genera, por el contrario, una firme piedad.

Plutarco, como otros de sus coetáneos pertenecientes a las elites griegas del imperio, busca entender y vivir el presente por la apropiación y asimilación del pasado. La obra de Plutarco va dirigida a un público interesado en una misma cultura, en una misma civilización, en unos mismos valores, sin olvidar, no obstante, los límites y componentes que pueden definir explícita y específicamente la identidad de lo griego y de lo romano.

Las Vidas Paralelas son tal vez, más que el totum revolutum de los Moralia, un claro ejemplo de ello. Plutarco reconoce haber iniciado las Vidas por consejo de otras personas, pero, una vez instalado en la tarea, persevera en el proyecto porque le permite ordenar su propia vida y "conformarla a las virtudes de aquéllos en el espejo de la historia", Vida de Pablo Emilio 1.1). Por ello, los personajes biografiados son tratados como héroes, referentes, en buena o en mala parte, de lo que un hombre de los círculos en los que se mueve Plutarco debe ser y tener obligatoriamente.

A pesar del ordenamiento cronológico de la tradición manuscrita, sabemos que la redacción de este catálogo de héroes que son las Vidas la empieza el escritor de Queronea con la vida del tebano Epaminondas, hombre de profundo espíritu religioso a la vez que valiente caudillo, como lo fue su paralelo romano, Escipión. La elección de los héroes de este primer par resulta elocuente, al menos por lo que al griego respecta: Plutarco es beocio y se declara orgulloso de haber nacido en una ciudad pequeña (Vida de Demóstenes 2.2), de modo que había de sentir una particular admiración por el hombre que lideró la oposición beocia ante Esparta y Atenas; Epaminondas es tratado prácticamente como héroe local. A continuación compuso la vida del también tebano Pelópidas, que es emparejado con Marcelo, destacado precisamente en el asedio romano a Siracusa, es decir, hombre emblemático en el encuentro de Roma con la cultura griega. Este emparejamiento de hombres de la historia tratados como héroes –sin olvidar que también son escritas las vidas de Teseo y Rómulo, de Licurgo y Numa–, uno griego y otro romano, nos informa de la posición de Plutarco respecto a Roma, lo cual no era evidente en los otros autores de los que hemos tratado, a pesar de que, obviamente, esta presencia de Roma en la obra de Plutarco, escrita en griego, confirma la importancia de la lengua para la pertenencia a la élite y su utilización como marca de identidad frente a Roma⁸. Tal como plantea Plutarco el paralelo de un griego y un romano, se observa que Roma tiene la necesidad de crear a sus héroes, en tanto que Grecia humaniza los que ya tiene desde siempre, en el sentido de que representan a los hombres de verdad, es decir, a los griegos. Desde su época y circunstancias, Plutarco a través de sus romanos habla de Roma, una ciudad cuya entidad política y actualidad histórica es presentada como el

⁸ Cf. S. Swain, o.c., p. 412: "we must never confuse the absence of direct political action against Rome with genuine political integration and harmony".

resultado de las acciones acometidas a lo largo de los siglos por sus héroes –puede tomarse como referencia la ininterrumpida secuencia cronológica entre Rómulo y Numa que Plutarco presenta al inicio de la Vida de Numa⁹; lo hace, sin embargo, con precaución, pues no olvida las discrepancias y dificultades para fijar con exactitud la cronología del rey legislador. En cambio, a través de los griegos, habla de la Grecia que en época de Plutarco simboliza el pasado, la tradición; y Grecia, lejos de poder ser definida por su unidad política, aparece, a través de los personajes de las Vidas, como una manera de ser que identifica y cohesiona la singular individualidad de unos hombres: junto al ateniense Teseo, el espartano Licurgo, el tebano Epaminondas o el macedonio Alejandro. Sin embargo, para Plutarco, los valores ensalzados en sus héroes biografiados, no necesitan ya ser definidos como griegos, se supone que para un público griego está claro que son definidores de la "helenidad", incluso cuando se aplican a los romanos¹⁰.

Se ha debatido mucho sobre si hubo o no reacción de los griegos bajo poder romano: es tan difícil responder de manera absoluta en afirmativo como en negativo. El caso de Plutarco –que en absoluto tiene que ser entendido como paradigmático– es de los más claros, y a pesar de ello sigue siendo difícil afirmar con contundencia o negar del todo que su actitud de escritor o de ciudadano reaccione contra el poder de Roma. Este es un asunto, sin embargo, que no cabe desarrollar ahora en este breve recorrido por la biografía plutarquea. Es necesario apuntar, no obstante, que desde el punto de vista del moralista que es, sin duda, el escritor de las Vidas Paralelas, se comporta como un hombre del imperio: el de Queronea es, como todos los miembros de las élites de poder, escriban en griego o en latín, un claro exponente de aquella humanitas (philanthropia) que define al propio imperio; una manera de ser, de pensar, de comportarse que es la característica principal de la llamada civilización romana. Es por esta razón que los elementos morales de las Vidas son doblemente portadores de una moral determinada: esa moral que juzga a los personajes del pasado según su vara de medir y, también, esa moral que indica que participar de ella significa pertenecer a la nueva civilización del imperio romano. La humanitas, concepto moral, viene a sustituir en su función, en este nuevo mundo y nueva mentalidad, aquello que la paideia había significado en el mundo helénico.

Es prácticamente seguro afirmar que ésta es la razón por la cual las Vidas Paralelas de Plutarco han marcado de una manera tan profunda la formación y el pensamiento del mundo occidental: desde la Edad Media, pasando por el Humanismo y la Ilustración hasta el siglo XIX. Vienen a ser como un compendio de civilización greco-romana, la "enciclopedia" del pasado al que el mundo occidental se refiere como propio; ni siquiera el cristianismo tuvo nada que objetar.

Francesca Mestre (fmestre@ub.edu)
Universidad de Barcelona

⁹ Cf. Num. 2.1-3.5.

¹⁰ Cf. T.S. Schmidt, Plutarque et les barbares, Louvain-Namur 1999, p. 327: “Le but de Plutarque n’est donc pas une définition de l’identité grecque, mais une glorification des vertus qui en sont la base, de manière à pouvoir mettre en évidence l’hellénisme de ses héros et leur adhésion à un système de valeurs jugé supérieur. Or, il est intéressant de constater que les qualités en question se retrouvent aussi bien pour les héros grecs que romains. Plutarque ne semble donc pas faire de différence entre les deux groupes, mais a englobé les Romains dans le système grec, ce qui devait satisfaire sa fierté nationale autant que son esprit de conciliation à l’égard des Romains”.